

LOS ECONOMISTAS EN FILIPINAS  
Y TRABAJOS TRASCENDENTALES DE LOS MISMOS  
DESDE 1779 HASTA 1860.

(Continuacion.)

tes de cualquiera de estas dos clases para que manden los buques que salen al corso contra los piratas moros y los apostaderos del Corregidor y Mindoro; y que al mismo tiempo haya en aquel punto oficiales de conocimientos y honor, que puedan ser destinados en los buques de cruz cuando se ofrezca, debiendo hacer presente ser de mucha urgencia y necesidad el envío de dichos oficiales facultativos en vez de los de Ejército, pues á mi salida de Filipinas en 12 de Diciembre último aun quedaban algunos de estos sin compañía, en clase de supernumerarios.

17. Que la justicia exige sea removido á Regente de otra Audiencia de primer orden el actual de la de Manila D. Nicolás Mesias Caycedo, en la cual lleva 17 ó 18 años de buenos servicios y adhesión á S. M. sin contar los 10 de Oidor en la misma; y hallándose en igual caso el oidor D. Juan Mata Ramos, convendría á mi ver, fuese promovido á una de las de la Península.

18. Que es de necesidad se establezca una Cátedra de Medicina en la Universidad de Sto. Tomás, á fin de que los estudiantes de las diversas provincias puedan dedicarse á un estudio tan importante á la humanidad, cuyo salario no dudo se prestarán á satisfacerlo los RR. PP. Dominicós que tantas pruebas han dado de su desinterés, pues en el día Manila carece de facultativos, y el gobierno se ha visto en la precision de admitir á extranjeros poco instruidos.

19. Convendría así mismo que cuando se trate en lo sucesivo de nombrar gobernador y Capitan general de las Islas Filipinas fuese de la clase de la Real Armada, por tener que hacer su defensa con fuerzas marítimas y tomar disposiciones facultativamente contra los piratas moros, y atender á la construcción de buques mandados hacer por diferentes Reales órdenes.

20. Que se autorice al Capitan general de Filipinas para que establezca el arreglo de empleados de la Contaduría mayor y Real Aduana, nombrando una junta compuesta del Regente, Contador mayor, Fiscal de Real Hacienda y un oficial Real; auterizándola para conceder jubilaciones y retiros.

21. Haciendo presente lo conveniente que

será al fomento de Filipinas y aun de la España, que Manila sea puerto general de depósito, manifestando al mismo tiempo el perjuicio que resulta en general á la nacion de continuar la Compañía con su privilegio; rebatiendo los informes producidos por los Directores de la citada Compañía y la Junta de Aranceles.

22. Que se permita á los buques de comercio de Manila introducir en los de la Península efectos de China y Asia en estos términos: á los buques que lleguen á 400 toneladas 40,000 pesos fuertes, á los de 300, 30,000 pesos fuertes y á los menores 20,000 fuertes, tomando por base los aváluos de la Aduana de Manila.

(Continuará.)

TRASGOS FILIPINOS:

TIPOS Y COSTUMBRES DEL PAIS.

El punto final.

Cuento.

Mi último viaje por el interior de Luzon fué el de Cagayan. Libreme Dios de querer referir las peripecias por que tuve necesidad de atravesar en él, que han dejado entre mis recuerdos las impresiones mas penosas. Voy á ocupar á los lectores de estas páginas de mis aventuras en los tres ó cuatro últimos dias; porque se me antoja que las leerán sin disgusto, y tambien porque con ellas me propongo esplicarles el motivo que cierra y concluye la série de mis cuentos de trasgos.

La hora de ánimas tocaban las campanas de la Iglesia de Tuguegarao, cuando yo en una noche oscura, y con una de esas lloviznas que á la larga calan hasta los huesos, atravesaba las calles desiertas y silenciosas ya de la poblacion, á pié y tirando penosamente de un pobre caballo que me habían dado de bagaje, y que á medio camino se había negado tranquilamente á llevarme. Iba tan cansado y fastidiado, que mas que por un acto de mi voluntad, me parecía que andaba por un efecto mecánico de mis botas.

En este tren, y precedido del guía que me acompañaba, el cual tiraba tambien de su jamelgo, llegamos á la puerta de un edificio en que el hombre se detuvo, y que yo tomé por el tribunal, acostumbrado como estaba á que los guías en mis jornadas anteriores

me llevarán siempre á los tribunales sin necesidad de pedírselo.

Contribuyó tambien á esta equivocacion mía, el ver un zaguan en que habia sentados en bancos algunos hombres, al parecer muy aburridos, y dos luces fijas á la pared en sus correspondientes farolitos, las cuales de rato en rato se guiñaban el ojo.

Así pues, sin decir agua vá, penetré en el zaguan, dejé el caballo á su libre albedrío, seguro de que no se movería del sitio en que lo dejaba, y tomé la escalera arriba, dando orden en voz alta al guía para que subiera mi maleta.

Cuando llegué á lo alto me encontré muy sorprendido con una gran caida bien alumbrada, en cuyo fondo se ostentaba una larga mesa de comer preparada ya para la cena, y á la izquierda una mampara abierta y un salon muy bien amueblado, en medio del cual aparecía un señor alto, delgado y provisto sin embargo de una barriguita sobre la cual, tal vez por costumbre, pasaba continuamente alguna de sus manos. Estaba vestido completamente de negro y con su pelo, ya algo cano, muy alborotado.

Supuse que al ruido de mi llegada se adelantaría para venir á recibir al amigo que entraba tan sin ceremonia en su casa haciendo que le subieran la maleta, pero que al ver mi pelage y que no me conocia, se detuvo.

Yo al verlo á él y al ver la equivocacion que habia cometido, me quedé fijo en el dintel de la puerta del salon, sin atreverme á entrar ni acertar á disculparme. Todo lo que hice fué quitarme el sombrero muy respetuosamente, y esperar á que me invitara á pasar adelante; pero él no me invitó, sinó que me devolvió el saludo con un ligero movimiento de cabeza, y yo en contestacion le hice otro mas reverente, cada vez mas cortado y confuso.

El se volvió á inclinar, pero al instante y con un arranque de impaciencia manifiesta, me dijo:—Vamos, acabe usted de entrar, hombre, que no hemos de pasar nuestra vida como aquellos dos mandarines chinos que estuvieron cuarenta años haciéndose cortesías.

Entré, y el Sr. de la casa y de la barriguita continuó:—Usted viene de viaje, tal vez de Manila. ¿El pasaporte?

Esta interpelacion oficial tan á quema-ropa me hizo comprender qué estaba en presencia del Alcalde de la provincia, para quien llevaba una carta de recomendacion, y consiguientemente recobré todo mi aplomo.

En aquellos tiempos benditos los Alcaldes no eran letrados, ni gastaban muchos cumplimientos. Engendros admirables de la fortuna, entre patriarcas y mercachifles, no tenían mas que dos atenciones culminantes en que fijarse: su negocio, y estar como murió Napoleon en Sta. Elena, en paz con todo el género humano: lo uno como correlativo de lo otro.

Del de Cagayan se me habia dicho en Manila por la persona que me dió la carta, que era un excelente sujeto y hombre de talento, pero al mismo tiempo un verdadero original, siempre de buen humor, aun para tratar los asuntos mas serios, usando de un estilo peculiar suyo en la conversacion, y dispuesto á reirse, si venia el caso, del entierro de su padre, de su madre y de su abuela. Estaba ya pues prevenido y no debia extrañar el comienzo de nuestras relaciones, por desabrido que me habia parecido al pronto. Saqué mi pasaporte y se lo di.

Después de leerlo rápidamente me lo devolvió diciendo con desden:—«A D. Perico el de los Palotes, para asuntos propios: no me dice nada» Vamos á ver: ¿á qué viene usted á Cagayan? ¿Es usted comerciante?

—No soy comerciante; soy una especie de pájaro bobo que anda volando de allá para acá sin saber á derechas por qué ni para qué.

—¡Olá!... con que pájaro bobo, eh? y se me quedó mirando largo rato; después de lo cual siguió:—Pues me alegro: entonces venga usted á tomar posesion del dormitorio y arreglarle las plumas, que por lo que veo, bien lo necesita; además de que dentro de quince minutos nos avisarán de estar la cena puesta: y diciendo y haciendo me fué llevando á una habitacion de la caida que tenía siempre dispuesta para el primer huesped que le llegara,

Ya en la puerta,—aquí estará usted, me dijo, como el pez en el agua, porque és la pieza mas fresca de la casa: mi pobre antecesor la prefería tanto, que murió en ella.

—Murió aquí?

—Si de tisis.

—Tísico?... Dios me asista!

—Vá!... pues no es el único que ha muerto en la habitacion:.... después de mi antecesor, mi sobrino ...

—Tísico tambien?

—Si: pero no llegó á morir de la tisis: tendría su edad de usted, y se parecía algo. ¿Ve usted aquella raya angulosa que recorre el tabique? pues és la huella que dejó el rayo que lo mató; y no és eso lo mas curioso,

sinó que parece que en este cuarto ya han caido otros rayos. Le aconsejo á usted que si hay tormenta se vaya por precaucion á la sala, porque ha dicho Franklin que en el sitio en que cae un rayo hay peligro, puesto que la causa que lo arrojó puede ser que subsista y que llame otros.

—Pues ya veo, le dije, que efectivamente voy á estar aquí como el pez en el agua. Le agradecería á usted muchísimo permitiera que me alojara debajo de la mesa de la caida.

—¡Bah....! la vida es fugaz: no haga usted caso; con que así, vistase usted pronto. Diciendo esto se marchaba para dejarme vestir, pero volvió.—Yo soy en estas materias un verdadero filósofo. ¿No me vé usted tan campante de luto?

—Supongo que por el sobrino...

—No precisamente por él: por mi mujer, que apenas hace dos meses que murió de rabia.

—Que desgracia tan terrible! ¡De rabia! algun perro...

—Nada de eso: yo la hacía rabiar muchísimo, y al fin se le reventó el resuello, como dicen los indios; pero á vestirse, á vestirse, que está usted perdiendo tiempo; y me dejó definitivamente solo, casi atolondrado con las cosas que me había dicho.

Pronto, sin embargo, mientras me mudaba, me vino á las mientes la idea de que todas aquellas atrocidades eran bromas, y que el bueno del hombre me había hecho pagar bien cara la revancha del pájaro bobo.

Algunos minutos después de vestido y enjuto, me avisó un criado que la cena estaba servida, y salí.

Ya venía el Alcalde y no venía solo: venia con él su señora en traje que no tenía nada de negro: aparentaba unos treinta y cinco años de edad, fresca y gorda; lo que se llama una magnífica jamona, que había sido muy linda en sus quince, pero ya sin muchas pretensiones.

Al ver esto la risa me retozaba en los labios, y el marido que se apercibió de ello, me salió al encuentro diciendo. No hay ninguna contradiccion en esto; usted me vé acompañado de mi señora, no porque haya resucitado la primera, sinó porque me he casado en segundas nupcias.

—Caballero, me dijo ella sin tenderme la mano porque entonces no se habia importado en Filipinas todavía esa costumbre exótica que después hemos visto aclimatarse con extraña facilidad; no crea usted á mi marido, que jamás dice uua palabra formal: desde mi cuarto

he estado oyendo las infinitas mentiras que le ha contado á usted en el suyo.

—Sí, sí, dijo el esposo; desacréditame, desacréditame: tu harás que tome al fin el partido de hacerte rabiar como á la difunta.

—No tenga usted cuidado, la dije yo; he venido advertido de Manila por una persona que los estima á ustedes infinito, y de quien traigo una carta de recomendacion.

—Trae usted una carta de recomendacion y no me la ha presentado todavía? dijo el Alcalde.

—Pensaba entregársela á usted después de cenar.

—Eso sería contra las reglas, hombre: después de comer ó cenar no se lee: venga la carta.

Yo la saqué del bolsillo y se la dí. El continuó: ¡De Juanito,! vaya, pues estimo yo este pedazo de papel en mas que si me trajera usted un autógrafo de mi primo el emperador de China. De Juanito!... de Juanito!... Y mientras su señora repartía la sopa, él se enteraba rápidamente del contenido de la carta.

A medio leerla se volvió á mi y dijo:—¡Ola! Con que no es usted pájaro bobo, si no naturalista? Era esta sin duda, una broma del amigo que me recomendaba. Me las tiene usted que pagar; y sea convenido desde ahora que me ha de servir usted de testigo de que lo he recibido con los brazos abiertos, y de que le he dado una magnífica habitacion, la mejor de la casa.

Quando acabó de leer la carta, doblarla y ponerla al lado de su plato, tornó á dirigirme la palabra. Vamos á ver, señor naturalista, ¿á que ramo de la historia natural se dedica usted al presente? Si es usted de los que se entretienen en recojer bichos-frailles y escarabajos y mariposas para clavarlos después con alfileres, sepa usted que en los bosques de Cagayan puede hacer una magnífica coleccion de sanguijuelas.

—Nó me dedico yo al ramo de las sanguijuelas, le conteste muy formal y afectando un poco de desden.

—Pues á qué ramo se dedica usted?

—Al de los duendes, le dije.

—¡Como al de los duendes, hombre de Dios? Pues qué, los duendes pertenecen á la historia natural?

—Como!... no lo sabia usted? pues hace ya tiempo que el célebre Cuvier los clasificó y colocó entre los moluscos, ó mejor dicho, entre los Gasterópodes Acéfalos.

—¿Gasterópodes acéfalos! dijo el Alcalde abriendo tanto ojo.

—Acéfalos, no porque les falte la cabeza, sinó por haber reconocido anatómicamente que la tenían hueca.

El Alcalde, con el giro que yo le daba á la conversacion, parecía un poco desorientado, y su señora que lo notó y aprendió que yo no era naturalista ni había tales carneros, le dijo:—Tómame esa; te has hallado hoy, querido esposo mio, con la horma de tu zapato. ¡Que ensarte de disparates:!

—No digas tal Mariana, no digas tal, que vas á ofender al señor. El que tu no entiendas los términos técnicos zoológicos, no es una razon...

—Pero Señor, dijo ella reponiéndose y volviéndose á mi: ¿es usted verdaderamente naturalista?

—Si señora, le contesté: ¿no lo ha oido usted á su señor esposo? Y dijo él: ¿lo dudas todavía? pues bien, lee: y le puso delante la carta del que llamaba su amigo Juanito.

Ella leía y me miraba á la cará, pero como notase que yo estaba conteniendo la risa, echó la carta á un lado, y dijo: Bien, bien, naturalista si ustedes quieren; pero la sopa se enfría: á comer, señores.

Nos sentamos á la mesa; yo por mi parte con una necesidad que no daba vagar, me aproveché desde luego del permiso; pero el Alcalde accionando con la cuchara seguía la conversacion sin parar. ¡Cuantos moluscos gasterópodes acéfalos conozco yo á quienes el señor Cuvier no ha clasificado todavía! Escríbale usted, escríbale usted amigo, que venga, que por Filipinas hay infinitos, y que no necesitará desearlos para conocerlos, pues le bastará observar que no tienen otra facultad que lo de abrir de tiempo en tiempo la boca y reproducir los sonidos que llegan á ellos.

La señora indublemente no se fijaba en lo que decía su marido: comía su sopa y me miraba con desconfianza sin acertar todavía con lo que debía pensar de mi, apesar de las afirmaciones de aquel y de la carta.

—Ya te veo, ya te veo, la decía él: el señor, señalándome con la cuchara, tiene la culpa, por haberse presentado á nosotros de paisano: si hubiera venido de uniforme, sería otra cosa; y no que de este modo me ha hecho caer á mi mismo en el error.

—Pues que, dijo ella, los naturalistas visiten uniforme?

—¡Y precioso, hija, contestó el: azul, para indicar el cielo que es objeto de la Astronomía: con vivos verdes que es el color de la Botánica, y un ligero bordado represen-

tando culebras y lagartijas entrelazadas para significar la Zoología ¿No es esto? amigo mio, me preguntó.

—Exactamente, le contesté.

—¡Pues estarán bonitos los Sres. naturalistas con sus lagartijas y sus culebras, dijo ella; y el Alcalde continuó.

—Pero lo mas curioso son las insignias: no hay mas que tres clases: las de los que empiezan la carrera, como si dijéramos los bachilleres: un sapito de plata colgado al cuello con una cinta rosa; pero este sapito tiene la boca cerrada, que quiere decir, «en boca cerrada no entran moscas.» La de los licenciados: un sapo regular con la boca abierta para indicar la facultad que se les ha concedido ya de decir tonterías; y por fin, la de los doctores: un sapo muy hinchado con ojos saltones pendiente de un cordon de oro; pero no colocado á la parte del pecho, sinó á la espalda, como quien dice, «aquí me las den todas.»

—Hombre, por María Santísima, le dijo la senora riendo á mas no poder; basta ya de disparatar, y come que te veo en camino de no cenar esta noche.

El empezó á tomar su sopa, pero así callaba como si llovieran alfeñiques: á cada cucharada una larga digresion, y en cada digresion una abalancha de ocurrencias y de extravagancias por el estilo, imposibles de que yo pueda ni recordarlas ni escribirlas; y saludándolas todas con sendas copas de S. Julian que bebía como agua, y de que me obligaba á mi (que no bebo nunca) á tomar muy buenos tragos. Creo que aquel buen señor estaba pasando uno de los mejores ratos de su vida.

Allá á los postres yo percibí que de rato en rato las luces de las virinas tenían cada una dos ó tres pábilos ardiendo, y que la lengua me arrastraba un poco en la boca para pronunciar las palabras en que había erres. Bien conocí lo que aquello queria decir; pero como la manía de todos los borrachos es mantener el pabellon hasta el fin, quise seguir terciando en la conversacion y dije.

—Supongo que aquí, en Cagayan, no faltarán duendes como en las demás provincias.

—Yo no sé si mi muger ha visto alguno. Dicen que en los tocadores de las señoras suele apercibíselos mirándose la cara al espejo, untándose con las pomadas y revolviéndoles todos sus tarantines. Los maridos, sin embargo, no los ven nunca. Yo por mi no he visto ni medio: pero á decir la verdad, en la escri-

nía del Juzgado hay un antiguo protocolista escribiente de lo criminal, veteranísimo, llamado D. Proceso no sé qué, el cual afirma que en la oficina hay duendes.

—Duendes en plural? ¿Con uno que encuentre yo para mi colección me daré por muy contento.

—Pues si no es más que uno lo que usted desea, de seguro que lo vá á encontrar, porque yo creo que el mismo Don Proceso es duende.

—Figúrese usted un hombrecito chiquito, más malo que la gangrena, más listo que un ratón, bizco, feo y que puede mover las orejas, y dígame usted si es posible que semejante bicho sea un descendiente de Adán y Eva. Algunas veces, cuando estoy solo con él, le tengo miedo.

—Pues si la cosa es así, repuse yo, será preciso que tenga usted la bondad de ponerme en relaciones con él.

Desde luego lo haré; pierda V. cuidado; y al decir esto se oyeron pasos de una persona que entraba en la caída haciendo sonar fuertemente los tacones de sus zapatos. El Alcalde bajó la voz y añadió. No hay que nombrar al diablo, porque en seguida se aparece.

El personaje que venía tan extemporáneamente á interrumpir nuestra alegre conversación, era en efecto el sosodicho D. Proceso: un hombrecito chiquito y cabezón, pero no pude verle bien la cara, aunque hice para ello todo lo posible, pues como si leyera mi pensamiento ó lo hiciera de propósito, avanzó en cierta disposición en que se interponía siempre entre él y yo alguna de las luces de la mesa con sus tres pabilos.

Trafa en una mano unos papeles y en la otra un tintero, todo lo cual fué á colocar, después de algunas reverencias, delante del Alcalde, quien tomó desde luego una pluma y se dispuso á firmar.

Viendo esto, le dije yó:—¿Tanto hay que hacer en la Alcaldía de Cagayan que el despacho dura hasta estas horas? Creo que han dado ya las diez hace rato.

—Esto es un extraordinario, me contestó: mañana sale un buque con tabaco para Manila, y yo acostumbro no firmar mis partes hasta la última hora para que las noticias que contengan sean las más frescas posibles cuando lleguen allá.

—Si hay la ocasión de un buque, yo la aprovecharía con muchísimo interés para dar aviso de mi llegada aquí, le dije.

—No hay obstáculo, con tal de que la cosa

sea breve, pues media hora tardará todavía el paquete en cerrarse; y volviéndose á su amanuense añadió:—Vaya, D. Proceso, conduzca usted al señor á la oficina y póngale una luz en mi bufete.—Después, volviéndose otra vez á mí:—cuando usted vuelva, es posible que nos hayamos recojido ya: aquí no gastamos en esto ceremonias, y por consiguiente, desde ahora, buenas noches.

Yo me incliné, y fuí á dárselas á la señora, pero aquí me sucedió un fenómeno que no he podido explicarme nunca: aquella mujer me apareció el acercarme á ella envuelta en una luz particular que daba á su cabello negrísimo, á sus largas pestañas, á su piel, á toda su fisonomía y aun al traje que la cubría, un brillo y una belleza inusitada, muy diferente de lo que al principio me pareció; el timbre de su voz había cambiado también, y sus miradas me hacían el efecto de la electricidad. Necesito verdaderamente mucha ingenuidad para escribir estas cosas.

Yo quedé completamente absorto preguntándome á mi mismo si sería aquello un efecto del maldito vinillo S. Julian.

Ella fué quien tuvo que empezar á hablar.—Espero, me dijo, verlo á usted mañana con su uniforme y con sapito.

—En todo caso será, la contesté, con mi sapo, porque ya soy licenciado, y esto lo digo, no por hacer un vano alarde, sino porque usted sepa que estoy facultado para decir tonterías, y que me perdone las de esta noche.

—Eso de perdon veremos mañana, me respondió: necesito antes hacer mucha provisión de indulgencia porque usted amiguito, (y aquí me amenazaba con su lindo dedo) ha empezado hoy por engañarme. Mientras tanto, vaya V. á escribir su carta y buenas noches.

Yo la hice otra inclinación de cabeza y eché á andar precedido del protocolista y haciendo esfuerzos inauditos para seguir en mi camino una línea recta, al mismo tiempo quedaba taconazos mi compañero para que se creyera que iba tan fuerte y tan vigoroso cuando menos como él.

A media escalera, sin embargo de mi vigor y esfuerzo, dí un traspiés en que me llevé por delante tres ó cuatro escalones, y por si se había oído el ruido de aquel zapatazo en la mesa, tuve la impudencia de decir muy alto:—Cuidado D. Proceso! que vá usted á romperse la crisma.

El veterano protocolista me miró al sesgo con sus ojos bizcos y se sonrió, pero no pro-

nunció una palabra. Hoy que lo recuerdo, se lo agradezco mucho.

La oficina estaba colocada en el zaguan de la entrada, á la derecha: las grandes puertas de la calle y del patio estaban ya cerradas, y los vigilantes guardianes dormían á pierna suelta.

D. Proceso y yo penetramos pues en la oficina sin que ellos nos vieran: tomó un quinqué de sobre una mesa, tal vez la en que él había estado escribiendo poco antes, y lo colocó sobre el bufete del Alcalde. Dicho quinqué, por supuesto alimentado con aceite de coco, porque entonces no se conocían en Filipinas el petróleo ni el gas, estaba provisto de su correspondiente pantalla circular, mediante la que toda la luz, una luz fuerte y rojiza, se derramaba sobre los papeles que estaban en la carpeta del bufete, mientras que por arriba la llama temblorosa proyectaba en el quízami pintado de yeso un círculo luminoso indefinible. El resto de la localidad quedaba casi á oscuras.

Cuando D. Proceso me dejó solo y que sus pasos cesaron de oirse, mi primer cuidado fué examinar el sitio donde estaba.

Una sala ó habitacion que, a causa de la escasa luz, me parecia interminable; á derecha é izquierda mesas, de esas de doble pupitre en que pueden trabajar dos personas á la vez, afectando en la media tinta en que yo las veía, otros tantos túmulos. Apoyados en las paredes largos estantes agoviados bajo el peso de infinitos legajos, en que indudablemente estaban escritos todos los pecados de la provincia durante siglos. En un rincon, hacinadas una porcion de armas prohibidas, lanzas, fusiles, puñales, cuerpos de delito conservando todavía la sangre y el recuerdo sabe Dios de cuantos crímenes.

El bufete en que yo me disponía á escribir era de esos que hay cerrados por una barandilla pequeña, y estaba colocado sobre una tarima de un pié de alto, con su sillón adornado con dorados, detrás de este en la pared, un retrato de Fernando 7.º muy sucio y empolvado, que estaba pacientemente esperando su reemplazo desde que se murió el original, hacia dos ó tres años. En el marco se oía un gusano royendo la madera como si protestára contra al anacronismo y recordára el fin de todas las grandezas humanas.

Finalmente: sobre dicho bufete, á derecha é izquierda, dos promontorios atados con sus correspondientes cintas, de legajos, cada uno de los cuales tenía su tarjeta; el uno «causas criminales para sentencia» (me pareció

que oía ruido de grillos. Tenga Dios de su mano, dije, al bueno y alegre señor Alcalde mayor: El otro: «causas criminales falladas y en estado de egecutoria.» Yo separé la vista de este como si quisiera desear un pensamiento lúgubre, pues me pareció que andaba por allí acariciando aquellos papeles la mano del verdugo; y cuando el susto me pasó, me puse decididamente á escribir.

«Tuguegarao... tantos... Mi querido amigo F... Esta noche poco después de las ocho he llegado aquí y te escribo á las once para decírtelo y para asegurarte que de salud estoy perfectamente. Pronto te mandaré un memorial pidiendo mi radicacion en esta cabecera por no volver á emprender el camino, y porque tu amigo el Alcalde es un hombre precioso, que tiene una señora divina, y un vinillo S. Julian que Dios maldiga=tuyo etc.»

Concluida mi carta la cerré con su correspondiente oblea (entonces tampoco habia en Manila otro modo de cerrar las cartas pues del lacre se usaba solo cuando repicaban muy gordo) y empezaba á ponerle el sobre, cuando percibí que de mi izquierda nacía y se propagaba por todos los anaqueles de legajos del archivo un murmullo sordo, aunque levísimo, semejante al ruido que hace el vuelo de muchas moscas que se agitan en una habitacion cerrada. Eché una mirada al fondo por debajo de la pantalla del quinqué y no ví nada: iba pues á continuar mi sobrescrito, cuando me pareció air otro ruidito extraño entre el monton de causas criminales para sentencia. Fijé mi oído allí, y ¡cual sería mi asombro, al percibir entre aquellos legajos voces inteligibles, aunque sumamente ténues, como los sonidos menos perceptibles que pueden sacarse soplando sobre un peine que se cubre con una lámina de papel.

«Sí: ese és; decia aquella vocecita: ese es el cuentista.—Que cuentista?—El que anda averiguando nuestras vidas y milagros para ir á contar mentiras en Manila.»

Yo no pude menos de volver entonces rapidamente la cara á los legajos, y en el acto oí decir:—«Chist! y este Chist! se repitió y propagó por todos los estantes en una escala descendente.—¡Chist... Chist... Chist...! hasta perderse en el infinito, quedando después la oficina en silencio profundo que solo interrumpía de rato en rato el gusano que se entretenia en roer al pobre Fernando 7.º

Un escalorío recorrió toda mi piel y salté de mi sillón como si me hubiera picado una vívora.—Veía los legajos con ojos desencajados; no me atrevía á tocarlos: la curiosidad

al fin pudo mas que el temor, y llevando la mano á ellos, los separé de la barandilla de la mesa como si me quemáran, pero buscaba en vano en el rincon y entre los pequeños balaustres de dicha barandilla: nada, absolutamente nada...

Estaba en esto todavía, cuando oí la voz de una persona al otro lado de la mesa, que me decía:—¿Que és eso? algun alacran? ¡cuidado que pican!

Torné la vista á mi nuevo interlocutor y ví una cosa mas espantable todavía que lo que acababa de impresionarme tanto. Quien me hablaba no era un hombre: era la cabeza de un hombre colocada sobre el púpitre del bufete del Alcalde: una cabeza muy grande perfectamente iluminada por la luz del quinqué y que al hablar hacía gestos singulares, bajando y subiendo sus orejas y crizando el pelo como el penacho de una catatúa.

La sorpresa me había embargado de tal suerte, que ni me ocurrió que podría ser D. Proceso, y que no veía su cuerpo por estar yo encandilado y por tenerlo á él colocado fuera del foco de la luz en la sombra que hacian la mesa y la pantalla.

El fué quien me volvió á la realidad, diciéndome:—Yo soy, señor. Yo soy: D. Proceso Guardabajo. ¿No me conoce usted?

—¡Ah...! sí... D. Proceso .. pero no habiéndolo sentido venir á usted...

—Como el señor y la señora se recogieron, me quité los zapatos para no hacer ruido; pero ¿qué era lo que buscaba V. detrás de los legajos?

—¡Ay! amigo D. Proceso, le dije cuando acabé de tranquilizarme; no eran alacranes, no; era una cosa mucho mas extraña; y le referí mi aventura.

El se sonrió con otra mueca y dijo.—¡Ah... son los tiquitís.!

—¿Los tiquitís? ¿Y que son los tiquitís?

—Las duendecitos de la oficina.

—El alma acabó de volverme al cuerpo. Como! le dije, hay verdaderamente duendes en esta oficina?

—En todas, señor, en todas; no lo sabía usted? Pues sí: en cada causa criminal y en cada expediente civil, hay cuando menos uno que se suele entender muy bien á veces con el abogado, pero que se oculta y se ríe grandemente de los señores Jueces y aun de los mismos señores Magistrados de la Audiencia; chiquititos y plaquitos, son como el ala de una cucaracha: viven entre los papeles y pueden escurrirse de unos folios á otros con

una facilidad tan admirable, que antes de hallarlos puede un hombre pasar toda la flor de su vida. Si: unos verdaderos pilletes los tales tiquitís y sus fechorias no tienen número: ellos son los que ensucian las carátulas de los expedientes, los que arrollan y maltratan las puntas de las fojas para que no puedan hallarse los folios con facilidad, los que soplan á las orejas de los escribientes para que cambien las pes en efes y llenen los escritos de mentiras y de raspaduras, y en fin, los que guiñan á los testigos falsos para que mientan y á los reos para que digan que no.

—Pero vaya: deme usted su carta que el correo no espera otra cosa y es muy tarde.

—Pero yo, mi querido don Proceso, no quicierairme de la oficina sin ver un tiquití.

—¿Ver un tiquití? Imposible ya, señor, me dijo, ni ver ni oír mas un tiquití ni á ningún otro duende del país lo espere usted en toda su vida. No dice usted haber oído que hicieron *chist!* Pues ese *chist* quiere decir, «á esconderse muchachos, que este no es de fiar:» ya puede V. estar seguro de que no los volverá á oír ni los verá nunca; está V. conocido y todo lo ha perdido, porque entre los duendes, como entre los tunantes de todas las especies, las noticias que les interesan se propagan rápidamente: pero venga, señor, la carta si usted quiere.

Aquí es donde mis recuerdos empiezan á embrollarse: y creo que acabé de ponerle el sobre y que se la dí con mucho gusto porque sentía que me mareaba y comprendía que era efecto que me producian las singulares gesticulaciones de aquel hombre; pero no estoy cierto de esto.

—Buenas noches.—Buenas noches.

Tambien creo que cuando subí estaba ya la caída completamente á oscuras, y que la escalera se bamboleaba como un columpio: porque? minutos antes no se movía tanto. Entré en mi cuarto sintiendo que se me caían las botas por si solas, y me acosté en la cama del tísico ¡Que felicidad! Me quedé dormido en el acto primero, sin conciencia de si estaba vivo ó muerto; despues, así, entre gallos y media noche, percibiendo con delicia inefable la mano de la divina Alcaldesa que llevaba en mi almoadá el compás de una cantiga monotona con que me arrullaba, y cuya letra decia: «Duerme, duerme querido mio, lucero de la mañana, estrella de quien te ronda.» Y mientras tanto al otro lado de mi cama oía la sonrisita burlona de una cabeza sin cuerpo que andaba rodando por allí haciendome gestos y moviendo las orejas.

¡Oh noche deliciosa! noche que no podré olvidar jamás, aunque viva ciento veinte y ocho años como el decano de los redactores del diario inglés Times; noche, en fin, pasada entre las ilusiones de un amor platónico y don Proceso Guardabajo!

Cuando me desperté al día siguiente debía ser algo tarde, aunque apenas la luz se dejaba ver por ninguna rendija de la habitación. Lo primero que percibí fué el ruido del viento que conmovía fuertemente las ojas de concha de mis ventanas como si quisiera arrancarlas de su lugar:

Después, que la cabeza la tenía como abombada, y después por último, que mis fauces estaban muy secas y que tenía sed.

Me senté en la cama y quise recapitular en mi memoria las cosas que me habían pasado durante la noche: todas ellas venían indudablemente á mis recuerdos, pero las mas de un modo indeterminado, sin poder darme cuenta de cuales de esas cosas habian sido realidades y cuales fantasías, porque la línea entre la vigilia y el sueño no podía trazármela yo, y en mis ideas había con este motivo una gran confusion.

Sobre todo, el hecho de haber pasado la noche arrullándome la señora de la casa me parecia increíble; y no obstante esto, el recuerdo y la simple duda me producian un cierto malestar muy semejante á un remordimiento. ¡Que reaccion tan radical había debido sucederse en mi espíritu después del sueño de toda la noche.

En medio de mis incertidumbres y confusiones, sentí en la caída los pasos del Alcalde que venia, segun á poco pude comprender, para tomar su chocolate. Allí estaba tambien el célebre don Proceso, y aunque los dos hablaban á media voz por consideracion á mi, tal vez creyéndome dormido, pude entender con bastante claridad el siguiente diálogo.

—¿Y á que hara salió, en fin?

—A las once pasadas.

—Incluyó usted en el paquete la carta del huésped?

—Ca! no señor: si no pudo acabar de escribir el sobre, y ya ve usía que sin saber la direccion...

—¿Y por qué no pudo? qué pasó?

—Cuando yo, señor, lo llevé á la oficina, después de prepararle lo necesario para que escribiera, ví al retirarme que estaba examinando muy cuidadosamente todos los rincones. Cuando volví despues, lo hallé buscando no se qué entre los legajos de la mesa de usía. Me dijo que había oido

allí un ruidito como conversacion de gente. Le contesté que serian butiquís, esto és, la-gartijas, y el me preguntó si habia duendes en la oficina. Si señor, le contesté riendome; yo creo que hay uno en cada expediente; y le estaba dando esplicacion de esto, cuando noté que poco á poco había ido poniendo la cabeza sobre su brazo y que se había quedado dormido. Lo dejé en paz y me puse á hacer el paquete, pero antes de cerrarlo, lo llamé muchas veces para que acabára de escribir la direccion de su carta: fué imposible despertarlo: contestaba... eh?... eh...? y volvía ó roncar: me pareció por el olor que estaba un poco tomado.

—¡Desdichado naturalista! dijo el Alcalde, pues si apenas habia bebido en la mesa... Y bien, que hizo usted entonces?

—Desperté dos cuadrilleros y entre ellos y yo lo trajimos al cuarto y lo acostamos.

Yo sentía que mis mejillas y mis orejas echaban fuego.—¡Borracho, borracho! ¡con que ha sido una borrachera... ¡misericordia! y precésamente el primer día que paso aquí, habiendo en la casa una señora... Me cubrí la cara con ambas manos.

—Pues todavía tiene tiempo para escribir el sobre de su carta y que se remita á Manila, dijo el Alcalde, porque con el norte que sopla ya se habrá levantado la barra y el «Flecha» no podrá salir en una semana. Dígaselo usted, pues yo no quiero darme por entendido de nada.

Me marchó en el Flecha, dije yo entre mí, formando la resolucion al vuelo. Corrí á mi palangana, me lavé la cara en dos palotadas, como se la lavan los gatos, me puse mis botas y mi corbata, que tambien parece que se habia caido por si sola la noche anterior, y sin un instante de vacilacion, salí de mi cuarto haciendo como suele decirse corazon de tripas.

—Buenos dias, señor naturalista, me dijo el Alcalde; ¿que tal se ha pasado la noche? No ha habido por ahí algunos aparecidos?

—¿Lo que és una mala conciencia! yo no pude menos de turbarme y de echarle una mirada investigadora: temía que fuese una alusion, y lo era, pero con referencia á los pretendidos difuntos de mi cuarto.

—Siéntese usted, me dijo aproximándome una silla, y mandó que se me sirviera mi desayuno: aquí, continuó, cada uno toma su chocolate cuando quiere, y mi mujer cuando acaba de peinar y de arreglar su peluca, que cuando tenemos huéspedes suele ser negocio árduo.

(Se continuará)